

SEMANA SANTA Y OTRAS DEVOCIONES

Con el disgusto de los inmovilistas y la alegría de los evolucionistas las leyes, las tradiciones, las modas y las costumbres, hasta las religiosas, cambian con el paso de los años que son esa maquinaria implacable que todo lo devora y acaba convirtiéndonos a todos en ese polvo que nos recuerda la Iglesia el miércoles de ceniza; y que no tiene nada que ver con el polvo glorioso que te lleva al orgasmo.

Durante los felices años 50-60, en pleno esplendor del Nacional-Catolicismo, *España era una unidad de destino en lo universal y todos los españolitos teníamos la suerte de ser portadores de valores eternos en un alucinante viaje por el imperio hacia Dios*. Un Dios exclusivo de la Iglesia Católica oficial que llevaba a Franco bajo palio cuando todavía existían cielo, infierno y purgatorio. Una Iglesia tridentina que ponía a disposición de sus fieles una batería de costumbres, normas y devociones para llevarnos al paraíso de los bienaventurados.

En la última “comida de supervivientes” que celebramos el pasado viernes en La Spiazza, mientras una de las asistentes nos mostraba orgullosa su escapulario, mi amigo Paco recordaba cosas tan curiosas como estas: el que comulgaba todos los primeros viernes de mes tenía su salvación garantizada. Si morías llevando el escapulario de la Virgen del Carmen, ibas directo al cielo. Comulgar los siete domingos de San José te libraba de ir de cabeza al infierno, y si además practicabas la Sabatina, la Visita al Santísimo, el Mes de María, la Vela ante el Santísimo, el Rosario de la Aurora y la Hora Santa, cantando el *Pange Lingua Gloriosi* y el *Tantum Ergo Sacramentum*, tenías el cielo asegurado.

Recuerdo que en aquellos años de los pensamientos y tocamientos impuros, que tanto preocupaban a los confesores, estaban de moda los ejercicios espirituales. Y en la penumbra de una capilla, con el crucifijo y la calavera, se nos infundía el sentido de culpa y el miedo a la condenación eterna, recitando la *Oración de la Buena Muerte* que nos tenía horrorizados hasta que volvíamos a caer en las delicias del baile agarrado.

También había santas misiones, con predicadores de gran fama que encendían de fervor a los pueblos de España. Y los Congresos Eucarísticos con la devoción al Santísimo Sacramento eran la cima de la religiosidad.

Otra práctica para ganar el cielo eran los sustanciosos donativos por los que algunas herencias pasaban directamente a manos de la Iglesia.

Hoy, aunque parece que sólo el Opus y los Kikos son los que conservan el frasco de las esencias religiosas, en España sólo la Semana Santa, en una mezcla de devoción y espectáculo declarada de Interés Nacional y de Interés Turístico, sigue cada vez más pujante. Y el país entero se llena estos días de grandes devotos de frascuelo y de maría en un soberbio espectáculo, como en Auto Sacramental donde se mezclan gentes de la más variada ideología y clases sociales. Por si fuera poco, los católicos están de enhorabuena con el nuevo papa Francisco que dice: “La Semana Santa significa salir de nosotros mismos para ir a la periferia, al encuentro de los más alejados, los olvidados y quienes necesitan comprensión, consuelo y ayuda”.

José Miguel Borja